

GAZETA DE CARACAS.

Nº 56.

VIERNES. 18 DE AGOSTO, DE 1809.

TOMO. I

AUSTRIA.

Manifiesto de la Corte de Viena.

Aunque el tratado de Presburgo lleva en todas sus cláusulas esenciales el sello funesto de las desgraciadas circunstancias que obligaron á S. M. I. á desentenderse de toda consideración, quando mediaba la necesidad urgente de su Monarquía, es con todo innegable que S. M. ha manifestado en la ejecución de aquellas convenciones la escrupulosa puntualidad, con que siempre se ha esmerado en cumplir todos sus empeños.

Los artículos mismos, que imponían al Austria penosos sacrificios, y privaciones dolorosas; se han executado sin restricción y sin reserva. Los que tenían por objeto el alivio del Austria han sido los únicos que no han llegado jamás á executarse; ó si han llegado á serlo, ha sido con alteraciones arbitrarias, peligrosas; al cabo de largas y molestas negociaciones, y aun á costa de nuevos sacrificios.

Entre las condiciones de aquel tratado concernientes á los intereses de la Corte Imperial, ó á los de sus Principes ó súbditos, apenas ha habido una que se haya cumplido realmente y á satisfacción de las partes contratantes, en toda su extensión, y en el espacio de tiempo estipulado.

Ni S. A. I. el Archiduque, antes elector de Salzburgo, ni S. A. I. el Gran Maestre de la orden Teutónica han podido llegar á conseguir el goze pleno y completo de las posesiones y rentas, que se les habían ofrecido.

S. A. R. el Archiduque antes Landgrave de Brisgau, debía, según el tenor expreso del tratado, recibir una indemnización proporcionada al justo valor de los países y rentas que perdía. Todos los esfuerzos que se han hecho para acelerar de un modo ó de otro el cumplimiento de esta cláusula, han sido vanos; y aun en el curso de una negociación frecuentemente renovada se ha visto que el Gabinete Frances no ha tenido jamás la intención de dar á S. A. R. una satisfacción, siquiera parcial; y los Ministros de S. M. I. han sufrido más de una vez la mortificación de ver que los más justos reclamos de los Principes de la casa Imperial eran tratados como objetos que ni aun merecían una explicación seria.

Las representaciones hechas sobre los intereses de los vasallos y rentas imperiales, han tenido la misma suerte. Desde la fecha del cange de las ratificaciones, no debía haberse verificado ninguna contribución forzada. Mediante una suma de 40 millones de francos, debían silenciarse todos los reclamos relativos á los gastos de la guerra. Verificóse el pago; pero continuaron las contribuciones.

Hicieronse por una parte requisiciones exorbitantes para la subsistencia de los ejércitos Franceses, porque los Almacenes que poco antes se habían provisto abundantemente á expensas del país se hallaron repentinamente exhaustos; por otra no se ha pagado una porción de objetos útiles que como propiedades incontestables de S. M. se habían abandonado á los nuevos poseedores en muchas de las provincias cedidas, y por los cuales se había ofrecido indemnización. Solo la pérdida ocasionada por estos dos artículos llegaba á 24 millones de florines; y todos los reclamos hechos para obtener una compensación, han sido inútiles.

Pero S. M. hubiera sufrido todas estas modificaciones, todas estas pérdidas, por sensibles que le fuesen, si hubiera podido conseguir el grande objeto de una paz comprada con tantos sacrificios. Consagrarse tranquilamente á los cuidados que exige la dicha de su Pueblo y la reforma de la administración interior de sus estados, tal era el deseo, tal era la justa esperanza de S. M. Desconcertar este plan pacífico, tal ha sido el esfuerzo continuo del Gobierno Frances en el intervalo que ha corrido desde el tratado de Presburgo hasta el momento actual.

Ninguno de los artículos estipulados en favor del Austria se había cumplido aun por parte de la Francia, y ya S. M. I. se veía compelido á las discusiones más desagradables, y se le hacían nuevas demandas de la más alta importancia. Se exigió para asegurar las comunicaciones militares entre Venecia y las Provincias de la costa Oriental del Adriático no solo que se concediese momentáneamente á las tropas Francesas el libre tránsito por los Estados Imperiales, más también que se estableciese este tránsito á perpetuidad y por medio de una convención expresa. Opusieronse á esta convención las objeciones más perentorias, fundadas en parte, sobre que la antigua Republica de Venecia jamás había reclamado ni gozado semejante derecho; en parte sobre la naturalera de las Provincias litorales Austriacas, que son sumamente escasas de medios de subsistencia; y en fin sobre el peligro de que los otros Estados vecinos concibiesen iguales pretensiones. Estas objeciones no fueron ni acogidas, ni escuchadas. La voluntad del Emperador Napoleon, irrevocablemente pronunciada; la insinuación de tener que sufrir desgracias aun más terribles, si el Austria no se sometía sin dilación á aquellas exigencias; la amenaza de renovar inmediatamente la guerra y de apoderarse de las Provincias limítrofes; tales fueron los insolubles argumentos que

se opusieron à las representaciones del Austria. En esta discusion, como en todas las que posteriormente se han verificado, no se ha dado otra repuesta por parte del Gabinete Frances.

Abriose poco despues una fuente de disturbios y enredos los mas desagradables por la imprevisita aparicion de una flota Rusa, que se apoderó del territorio y puerto del Cátaro. La lentitud de los Plenipotenciarios Franceses en tomar posesion de aquel territorio dentro del plazo estipulado, fué la causa única de tal incidente; y el Austria debia ser la que sufriese los perjuicios de esta negligencia. En vano se hizo quanto se pudo para convencer al Gabinete Frances de que, no obstante la poca parte que podia imputarse en aquella ocurrencia a S. M. I., estaba dispuesto à manifestar por todos los medios convenientes la pureza de sus intenciones, y sus vivos deseos de que aquel articulo del tratado se cumpliese à la letra; en vano se concluyó sin mas demora la convencion que otorgaba el trànsito requerido; en vano se cerraron los puertos del Austria a los pabellones Ingles y Ruso, en fuerza de las reiteradas instancias de la Francia, y no obstante el funestisimo golpe que debian dar aquellas medidas al comercio que empezaba à renacer, y por consiguiente à la prosperidad del Imperio y à las rentas de la Monarquia; en vano se llegó hasta el caso de poner tropas en pié para realizar de concierto con los Franceses la entrega del Cátaro; con nada de esto se tuvo consideracion. El territorio Austriaco sobre la orilla derecha del Izonso, que dos meses despues del cange de las ratificaciones debió haberse evacuado por las tropas Francesas, no solo quedò en su poder, sino que fué organizado y tratado en todo como una posesion de la Francia. Ni se restituyeron los prisioneros, ni se devolvió la fortaleza de Braunau; y para colmo de la opresion, el grande ejército Frances prolongó su mansion en Alemania, y desde la Baviera y la Franconia, donde estaba apostado, no cesò de amenazar las fronteras de la Monarquia.

La dilacion de la entrega del Cátaro fué el vano y frivolo pretextó de aquella conducta alarmadora; pero los acontecimientos que entonces presenciò la Alemania esparcieron la mayor claridad sobre sus verdaderos motivos.

El tratado de Presburgo habia producido mutaciones considerables en las relaciones personales y en las posesiones de diversos Principes de la Alemania meridional; pero por aquel mismo tratado no solo habia sido tacitamente mantenida, sino expresamente estipulada la constitucion del Imperio. Se habia insertado en él sin la menor contradiccion ni dificultad el titulo de Emperador de Alemania, y se habia estipulado el reconocimiento del titulo de Rey para las casas de Baviera y de Witemberg, baxo la expresa condicion de que los vinculos que habian unido aquellos estados à la confederacion Germànica no se rompian

ni alteraban por las nuevas prerogativas que se les concedian.

Entretanto el plan que, largo tiempo habia, se estaba formando à la sombra del misterio para aniquilar la constitucion Germànica, llegaba en Paris al punto de perfeccion y madurez. Vna parte considerable de los mas grandes y de los mas pequeños Principes de Alemania, habian intervenido en la maquinacion. Arrastrados por la influencia ó la preponderancia de la Francia, y sin que hubiese precedido la menor comunicacion de tan importante asunto al Xefe del Imperio, echaron por tierra todas las antiguas relaciones, violando con multiplicados golpes una union fundada sobre derechos personales, y sobre los mas sagrados de la soberania; y Napoleon se arrogó el carácter de xefe tomando el titulo de protector. En el momento mismo de hacerse pública esta medida fué quando se notificó à S. M. que el Emperador Napoleon no queria oír hablar mas ni de la existencia de un Emperador de Alemania, ni de la de una Constitucion Germànica. I para que esta declaracion fuese mejor aceptada, se recurrió à todas las amenazas que constantemente habian acompañado à las proposiciones del Gabinete Frances, y esto con un nuevo grado de violencia, y con circunstancias, que S. M. desearia ardentemente quedasen sepultadas en eterno olvido.

No era posible cerrar los ojos sobre la naturaleza y fin de aquella empresa. Sus consecuencias eran tan claras, que no se necesitaba de una triste experiencia para percibir las de lleno. La suerte deplorable que estaba destinada à la Alemania se desenvolvió luego y por todas partes à la vista de S. M. I.; y no fue menos grave el peligro (cada dia mayor) que debia ocasionar à los estados hereditarios del Austria un sistema que colocaba en la inmediata dependencia de la Francia todos los paises limitrofes. Nadie hubiera podido disputar al Emperador la facultad de emplear los últimos y mas ofensivos medios para oponerse al establecimiento de este sistema; pero por poderosos que fuesen los motivos, que parecian imponer à S. M. la obligacion de defender sus derechos, una consideracion superior à todas le hizo adoptar otra especie de conducta. La conservación de la Monarquia Austriaca fué para el Emperador el primero y mas santo de los deberes; y en la triste coyuntura, en que se hallaba entònces la Europa, era este mismo deber una obligacion general para todos los soberanos, y para todos los pueblos, que aun no habian renunciado absolutamente y para siempre à la dicha de una existencia independiente y libre. Comprometer en aquella situacion la suerte del Austria hubiera sido obrar de un modo manifiestamente contrario à lo que se debia S. M. à si mismo, y à sus fieles vasallos; y al mismo tiempo hubiera sido aventurar las últimas esperanzas que queda

ban à los estados envueltos en igual desgracia. Tanto mas autorizado se creyó S. M. à establecer por base de su politica el desistimiento momentáneo de una resistencia que en circunstancias tan dificiles podia comprometer esencialmente la tranquilidad de su Monarquía, quanto han sido mas propias la historia de los tiempos modernos, y la opinion del caracter propre conseqüente de su gobierno, para ar de S. M. la nota de interes personal y indiferencia por la suerte de los estados vecinos. Bien conocidos eran los esfuerzos que durante una larga serie de años habia hecho el Emperador para oponer un dique à la ruina universal, y no lo eran menos los obstaculos que habian paralizado su conato. En aquel momento era preciso ceder à la necesidad. Una resistencia aislada é inoportuna hubiera perjudicado tan segura y esencialmente al Austria, à la Alemania, y à la Europa, como les habian sido funestos el desgraciado sistema de egoismo y la inactividad de las otras potencias.

Tomó, pues, S. M. la resolucion de evitar toda discusion inútil y molesta sobre una ocurrencia, cuyo verdadero caracter no podia prestar materia para una sola duda. Se afirmó en este modo de pensar por la pronta y absoluta sumision de que fué seguida una revolucion tan violenta, por el silencio de todas las otras potencias, y principalmente por la reparable indiferencia con que vió la Alemania la subversion del antiguo orden de cosas. Valerse de la fuerza para mantener sobre sus sienes una corona que se habia conferido à S. M. I. por la libre eleccion de los estados Germánicos; que de muchos siglos à esta parte existia en su illustre casa, y que se habian ceñido gloriosamente sus antecesores para la proteccion y felicidad del Imperio; hubiera sido, aun en circunstancias menos peligrosas, comprometer la dignidad y los sentimientos de S. M.: S. M. la abdicó.

Qualquiera pensaria que un procedimiento de esta naturaleza habria producido algunos felices efectos en las relaciones de S. M. con la Francia; pero las cosas quedaron en la misma situacion. No se cumplió ninguna de las clausulas en question, y à quantas tentativas se hicieron à este fin, solo se respondió con reconvençiones y con amenazas. En vez de dar algun valor à los sacrificios que hacia el Austria por la conservacion de la paz, parecia que el gabinete Frances queria servirse de todas estas pruebas de moderacion y resignacion, como de otras tantas bases y derechos para autorizar otras nuevas y mas onerosas exigencias; y es difícil calcular hasta que punto, à pesar de todos los esfuerzos de S. M., hubiera podido llevar las cosas esta disposicion incesantemente hostil, si el subito rompimiento con la Prusia no hubiera ocasionado, por necesidad, un intervalo.

S. M. I. no pudo ver con indiferencia la marcha y resultados de aquella guerra. La

suerte de la Monarquía y de la casa de Prusia ha sido bastante triste para excitar el sentimiento mas vivo de conmisericordia; y las conseqüencias, tan fácilmente calculables, de aquella catastrophe, interesaban à los estados de Austria baxo tantos y tan criticos respectos, que no podian dexar de inspirar los mas terribles y fundados temores.

Habia consideraciones sumamente legitimas y urgentes que en qualquiera otra epoca hubieran obligado à su Magestad à mirar como un deber su intervencion en esta lucha; pero habia tambien motivos, à que todo debia subordinarse, y que precisaron à preferir otro sistema; y su Magestad animado de la misma firmeza con que se habia dexado despojar, se privó del consuelo de emplear sus fuerzas en la defensa de sus vecinos. Cerrando constantemente los oidos à una politica sordida y equívoca, no quiso, ni aun en aquel estado de cosas, tomar la máscara de una falsa neutralidad; y la delicadeza, conque, desde el principio y durante todo el curso de la guerra, observó las reglas de la mas escrupulosa buena fé, arrancó elogios al mismo Emperador Napoleon.

Concluyose la paz sin participacion de S. M. no obstante que la mediacion que poco antes habia ofrecido à las potencias beligerantes, merecia sin duda alguna atencion. Las condiciones de aquella paz no fueron de ningun modo propias para disipar ni aun para adormecer los recelos que habia ya concebido el Emperador; pero S. M. que siempre fiel à su sistema pacifico, no habia opuesto el menor obstáculo a las mutaciones que sobrevinieron en la forma de los gobiernos de Napoles y de Holanda, se sometió en iguales terminos à las que se estipularon en Tilsit. Era imposible alucinarse sobre las ventajas inmensas que debia producir aquel tratado al Emperador Napoleon; pero la inmensidad misma de aquellas ventajas, observada baxo otro punto de vista, podia hacer concebir algunas esperanzas de paz, fundadas sobre la satisfaccion que debia experimentar el Conquistador, al ver realizados los deseos que la fantasia mas extravagante hubiera acertado à formar. Pero si se desvaneciò muy luego aquella vizlumbre de esperanza, al menos S. M. I. se halla, con respecto al gobierno Frances, al abrigo de toda sospecha de haber contribuido à ello un solo instante.

Todos los subterfugios que se habian empleado para diferir de dia en dia la execucion del tratado de Presburgo hasta el mes de Octubre de 1807, habian ya perdido su aparente importancia. La evacuacion del territorio Austriaco ocupado hasta entónces por las tropas Francesas, no hubiera podido rehusarse mas tiempo, sin faltar à todo decoro. Entabláronse negociaciones à este intento, y se restituyó la fortaleza de Braunau, mas no las posesiones situadas sobre la orilla derecha del Isonzo. Es verdad que baxo el nombre ilusorio de un cange, se dió al Austria por via de indemnizacion, el Condado

do de Montefalcone sobre la orilla izquierda del mismo rio; pero tambien lo es que aquel distrito no vale la decima parte de lo que debia haberse restituido en virtud del tratado.

(Se continuará.)

GRAN BRETAÑA.

Londres, 3 de Junio.—Acaban de publicarse dos Decretos del Emperador Napoleon, ambos con fecha en Ratisbona à 14 de Abril. El primero prescribe la abolicion de la órden Teutónica en todos los estados de la Confederacion del Rin. Todas las propiedades y dominios de aquella órden se incorporarán à los de los Principes en cuyo territorio se hallen, y estos pensionarán à los miembros de la dicha órden, que hubiere entre sus vasallos; pero se exceptuarán de este favor todos los que hayan tomado parte en la presente guerra contra la Francia y contra los Estados confederados, ò todos los que despues de la declaracion de la guerra hayan permanecido en el territorio Austriaco. El de Mergentheim se incorpora à la corona de Wurtemberg.

El segundo Decreto confisca toda la propiedad del Clero y Conventos del imperio, y de los miembros de la órden Teutonica, que no se hayan conformado à los articulos 7 y 31 del acta de confederacion, y hayan exercido empleos civiles ó militares baxo el gobierno Austriaco. La mitad de esta propiedad se adjudica à los Principes de la confederacion, para indenizarlos de los gastos de la guerra; la otra mitad al Emperador Napoleon, para que en parte se aplique à cubrir las atenciones de la guerra, y en parte à la recompensa de los oficiales y soldados que se distinguan durante esta campana.

El 8 boletin Frances termina con la órden siguiente:

“1. La milicia llamada Landweher es licenciada.

2. Se concede una amnistia general à todos los individuos de dicha milicia con tal que se vuelvan à sus casas, lo mas tarde à los 14 dias despues de la entrada de nuestras tropas en el territorio en que se hayan alistado los soldados.

3. Si los oficiales no vuelven dentro de este plazo, se quemarán sus casas, y se confiscarán sus propiedades.

4. Las aldeas que hayan subministrado hombres para esta milicia llamada Landweher, serán obligadas à hacerlos volver, y entregar las armas, que ellas hayan puesto en sus manos.

En nuestro Palacio Imperial de Schoenbrunn, 14 de Mayo.

NAPOLEON,

Por órden del Emperador,

ALEXANDRO,

Principe de Neufchatel, Mayor General.”

Los Tirolese continúan la guerra con actividad. Cartas de Munich aseguran que tenian sitiado à Kufstein sobre la frontera Bavara, pero que el General Deroi les habia hecho levantar el sitio despues de una batalla de 8 horas.

AMERICA ESPAÑOLA.

CARACAS, 16 de Agosto,

Acaban de recibirse noticias de Londres hasta el 22 de Junio, que presentan una idea más exácta del estado de la guerra en el Norte de Europa, que la que ha podido larse hasta el presente. La urgencia del tiempo nos obliga à reservar para el próximo numero los pormenores, contentandonos por ahora con lo substancial de los hechos.

Parece que los Archiduques Juan y Fernando en consecuencia de la ocupacion de la Capital tomaron un momento retrógrado, y se acercan à reunirse al Archiduque Carlos.

La batalla de Esling no habia producido aun, como se esperaba tan fundadamente, la evacuacion de Viena. Sin embargo es positivo que no menos de 20 000 cadáveres Franceses quedaron sobre el campo, y si se calcula el numero proporcional de heridos no podrá desconocerse que las perdidas de Bonaparte han sido muy considerables, y serán productivas de muy felices resultados para la libertad de la Alemania. La reunion de los Archiduques, y la toma de Lintz, que tambien se confirma, hacen muy critica la situacion del Ejército Frances.

Bonaparte ha pedido por dos veces un armisticio al Austria, que se le ha negado con indignacion. Las fermentaciones é insurrecciones de varios pueblos de la confederacion del Rin son positivas y estan muy lexos de haberse calmado por la muerte del bravo Schill. De los 6000 de que constaban ya las fuerzas de este Coronel parece que solo se ha perdido una sexta parte.

Crece la probabilidad de la union de la Prusia con el Austria, lo que no puede menos de aumentar las multiplicadas atenciones del Tirano.

Las disposiciones de la Rusia antes de la batalla de Esling parecian conformarse con las de la Francia; pero debe esperarse mucho de la impresion que hagan en el Gabinete de San Petersbourg las gloriosas ventajas de los Austriacos.

Bonaparte ha pedido refuerzos de Francia; y empieza ya à quejarse de la falta de subsistencias que se padece en las cercanias de Viena, lo que en el idioma de los boletines significa bien claramente que vá à dexarla. Dice tambien que sus puñtes han sido destruidos por las maniobras del General Danubio, lo que en el mismo idioma quiere decir que ha sufrido grandes perdidas, y que tiene verguenza de atribuir las al valor de los enemigos.

Es de notar que una carta del Continente de 11 de Junio, y por consiguiente de una epoca en que los pormenores de la batalla de Esling debian estar suficientemente conocidos, cuenta à Lannes y Oudinot entre los Generales que habian sido heridos de muerte.

Muchos de los Señores Subscriptores han cobrado con razon la traduccion ofrecida del epigramma latino sobre Zaragoza; la llegada de noticias siempre à la vispera de la salida de este periódico lo ha impedido hasta ahora, y esperamos realizarlo en el número próximo.

Mercado. Cacao 16 Pesos, Café de 11 a 13, Añil 12 y medio reales.

AVISOS.

En casa del Señor Regente de Guatemala D. Joseph Bernardo de Asteguieta se venden varios libros y muebles; entre estos una cama de hierro recién trahida de España, con una colgadura de muselina muy decente y del mejor gusto.

A. D. Joseph Bernardo de Mintegui se le ha profugado dos semanas há un esclavo nombrado Marcelino, de estatura muy regular, edad 18 à 20 años, color de mulato claro, pelo crespo rubio, cara pccosa, ojos grandes entre otros azules. Es natural de Cuenca en el Reyno de Santa Fé, y se distingue por su dialecto. Se pagará la captura.

De la Imprenta de GALLAGHER y LAMB, à Ocho Pesos por Año